

# **LA CIUDAD SOCIOAGORAFÓBICA. ENTRE LA INTEGRACIÓN Y EL CONFLICTO EN LAS CIUDADES**

Isabel Rodríguez Chumillas

Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Madrid

## **I. INTRODUCCIÓN**

Reflexionar acerca de los efectos de las tendencias urbanas imparables que conducen al conflicto remite, en primer término, a un orden de categorías explicativas, como el miedo en la ciudad y la percepción subjetiva de inseguridad en un “afuera público”, concretamente un “afuera social”, cuya reacción socioagorafóbica modela las prácticas sociales y sus espacios. Y, en segundo lugar, con el protagonismo de la privatización y del diseño expresados en la proliferación de nuevos espacios emergentes -concebidos dentro de la hornada de megaproyectos a modo de los “no-lugares de Augé” (Augé, 2004). Obviamente, su afección a la ciudad en su conjunto, si cabe con mayor énfasis en los espacios periféricos y especial incidencia en los ámbitos metropolitanos, hace del tema un elemento transversal, en absoluto ajeno a la remodelación actual que viven las tramas históricas (Low, 2005). Así, viene siendo característico que la ciudad actual recomponga en todas sus partes el tejido, social y físicamente construido, con intervenciones clonadas de paisajes “cliché”, tanto en las periferias metropolitanas como en las partes más viejas de la ciudad agravando la pérdida, selectiva y acelerada, de fragmentos de la memoria de lo social (Hayden, 1995 en Verdaguer, 1997).

Éstos nuevos paisajes muestran los modos en los que se concreta la agresividad de las intervenciones contemporáneas, sobre el espacio físico en las que media una construcción del espacio “inventada/dirigida/controlada” para hacer ciudad y aunque, voluntaria y

técnicamente, han sido más dialogantes respecto de los lenguajes tradicionales, finalmente, estas han provocado una desvitalización real y progresiva de la ciudad. La generalización de la simulación y el diseño en las actuaciones sobre el territorio verifican su gran significación causal para explicar las transformaciones recientes, tanto las más visibles en los emergentes y espectaculares megaproyectos nodales, como en la ciudad consolidada y en particular en los cascos históricos. El desafío de habilitar el territorio urbanizado para el futuro conservando el pasado es común al denso centro y a las laxas periferias. Sin embargo, la concepción de las calles, plazas y parques, como recurso para desarrollar integral y armónicamente los núcleos urbanos es, sin duda, deudora de unos códigos sociales de potenciar la vida asociada (Pesci, 2003, 111) en desuso en la actualidad. La ciudad, construida por el saber hacer de miles de decisiones, precisa y sutilmente enganchadas, hoy es actuada por una visión explícitamente corta en sus objetivos, reductora de su riqueza y potencialidades, que hace patente la generalización de la crisis de “lo público”. La co-rresponsabilidad de los actores públicos, por permisividad voluntaria o inducida por –como argumenta Allègre (2007)- el miedo en los políticos, instalados en gestores de crisis previsibles, junto con la falta de voluntad colectiva, son entendidas como factores explicativos y han sido abordados en anteriores ocasiones. Por tanto, la ciudad se privatiza, simplificándose en un espacio público sólo operativo, en la gentrificación de sus vecindarios valiosos y en la banalización de sus paisajes.

El reto de la sociedad actual es identificar y clasificar su patrimonio heredado con las manifestaciones de las nuevas tendencias que se apuntan: formas de habitar que demandan parámetros nuevos de estudio dónde las soluciones innovadoras de cada territorio necesariamente son el resultado de su inserción en la riqueza de la tradición local.

## **II. SOCIOAGORAFOBIA URBANA**

Miedo, consumo y simulación son categorías que explican la gentrificación y terciarización de los centros y la privatización, la exclusión y la fragmentación de las periferias (Rodríguez, 2006 y 2007). El lenguaje del lugar modelado por la historia y por la cultura está dificultando la integración de diseños espaciales cuya normalización ha limitado más el derecho a equivocarse homogeneizando los paisajes resultantes (Delfante, 2006, 459). Es el registro del distanciamiento progresivo de los gestores y sus intervenciones que,

continuamente, obvian y olvidan que no hay patrimonio sin prácticas sociales solidarias (Choay, 2006) y sus imaginarios (Lindón, 2003 y Silva, 2004) que son los artífices de la composición urbana, siempre inconclusa y flexible por definición.

El miedo es el viejo manto con el que se ocultan las cuestiones más apremiantes cómo las que cuestionan el presente. Hoy, el protagonismo del miedo reaparece en una más de sus intermitencias históricas para canalizar los cambios en las relaciones hombre-medio (Gutiérrez, 2004)<sup>1</sup>.

Entre los cambios de mayor calado dependientes de los nuevos elementos impuestos por unas condiciones espacio-temporales que han modificado -con nuevos parámetros- las fases de la urbanización, y en general, la ciudad, se encuentran los provocados por la dispersión que caracteriza la ocupación del territorio.

El envite de las nuevas condiciones espacio-temporales, en cualquier escenario local, esclarece las nuevas tendencias urbanas generales de la ciudad, cuya organización y distribución deja abiertos sus límites a base de dispersar en el territorio paisajes de encierro. El estudio emprendido en los últimos años en las ciudades fronterizas mexicanas ha servido para enfrentar el acercamiento teórico (Rodríguez, 2006 y Méndez, 2007) a la tendencia a diseñar y ofertar un urbanismo cerrado de sociabilidad interrumpida. Supone la exacerbación del sello híbrido y complejo de los paisajes urbanos actuales, principalmente, en los ámbitos periféricos de las ciudades, pero sobre todo, en aquellas que conforman espacialidades metropolitanas y ciudades fronterizas, cómo Ceuta y Melilla, dónde las marcas de la exclusión son más veteranas, más explícitas y son indiscutiblemente la expresión de la ambivalencia y conflicto que las sigue entretejiendo.

Diversos paisajes dan cuenta de la complejidad que infiere el encerramiento urbano, desde los desmesurados y aislados crecimientos que están operando cómo elemento de la ordenación futura de su territorio periférico, a reestructuraciones del tejido consolidado y, en particular, del más valioso constituido por los entramados históricos, que se renuevan siguiendo el modelo del urbanismo cerrado expresivo de la ciudad contemporánea. Éste se argumenta con discursos forjados en la férrea cadena de miedo, uniendo los eslabones de la

---

<sup>1</sup> En septiembre de 2004 se celebró en Barcelona el encuentro bienal de los geógrafos urbanos de la Asociación de Geógrafos Españoles con el tema central “La ciudad y el miedo” para celebrar su VIII Coloquio del Grupo de Geografía Urbana. Ver los trabajos y ponencia sobre la materialización del miedo en la ciudad.

pobreza, la inmigración y ambos con la criminalidad, la simulación y el consumo (Baudrillard, 2002, 1998 y Bauman, 2004), enfatizando unos u otros según el patrón de encierro en construcción, lo que muestra, además, la versatilidad del molde al que se somete la ciudad actual en su proceso continuo de adaptación a los intereses y valores de la sociedad de su tiempo.

Los discursos en boga han convergido hasta concretarse en una demanda social de exclusión que materializa la práctica privada de producir y organizar los nuevos espacios fragmentariamente, por proyectos. La ciudad por proyectos de la cultura estratégica que sustituye una gobernanza urbana sostenida en un proyecto de ciudad (López, 2004, Nel.lo, 2004 y López de Lucio, 2006).

## **II.1. Los conflictos y avatares del centro**

Hoy, el olvido del lenguaje del sitio, o lo que es mucho más común, el desconocimiento y falta de valoración social de sus paisajes urbanos cuestiona los resultados del ciclo de recuperación urbana que se abrió en España a comienzos de los ochenta.

El problema del centro urbano raramente se ha abordado de forma global y por ello se han producido importantes desajustes entre las realidades físicas y las sociofuncionales. De modo que los procesos de terciarización de las economías urbanas, particularmente el reforzamiento del terciario direccional y la irrupción masiva del automóvil, han determinado transformaciones radicales a nivel físico social y funcional que están marcado el ciclo actual caracterizado por un contradictorio presente entre los discursos y la realidad.

Y es que la eventualidad de más larga duración, y por lo tanto, en absoluto se trata de una eventualidad sino de un proceso estructural de muy fuerte alcance, es la terciarización. Ésta se ha ido apropiando de ejes y sectores de los centros históricos paulatinamente, aunque con ritmos desiguales y acciones más o menos radicales, desde finales del siglo XIX. La propia extensión de la ciudad ha alimentado este proceso continuo de concentración de actividades terciarias en las áreas de centralidad, en cada momento con intereses diferentes que se han yuxtapuesto en el mosaico de terciarizaciones parciales de áreas y sectores concretos de la ciudad histórica. Ejes y plazas financieras e institucionales han convivido con calles comerciales y zonas de ocio, restauración y hostelería. La mayoría han consolidado nuevos paisajes de renovación urbana en los centros históricos, más o menos

especulativos, y muy pocos han ido integrándose en la estructura y paisaje tradicional (Low, 2005). Cuando lo han hecho han quedado sometidos, independientemente de que se trate de comercio tradicional de barrio o servicios personales y de restauración más resistentes, a las trayectorias decadentes de buena parte de las áreas de los centros históricos afectados por la obsolescencia, la congestión del tráfico rodado y la fuerte diferenciación interna por usos y población que viven hoy muchos de los sectores en que ha quedado disgregado el centro histórico en la actualidad, independientemente de sus muy heterogéneos tamaños.

Los procesos de deterioro físico, social y funcional, interactúan yuxtapuestos a los programas de recuperación urbana que, en general, persiguen el mantenimiento de la multifuncionalidad como mecanismo para encontrar el equilibrio entre las realidades físicas, sociales y funcionales resultantes de la larga serie de avatares de la sociedad reflejados en los paisajes históricos. Éstos, creaciones completas y genuinas de la cultura urbana, rico y diversificado patrimonio cultural cuya lectura requiere planteamientos más amplios que los actuales, han pasado de ser meramente arquitectónicos a banalmente “culturales”. La revalorización de la historia y la mitificación del pasado convierten a los paisajes históricos en símbolos de la memoria colectiva de la sociedad contemporánea y, por ello, en potentes focos de atracción turística y cultural animadores de una reactivación inmobiliaria adicional extraordinariamente ambivalente.

Una estrategia prudente con la herencia y sus paisajes debe encarar en el curso del siglo XXI una concepción amplia del patrimonio. Los débiles resultados de algunas políticas de recuperación urbana cabe explicarlos por la apuesta imprudente que ha supuesto el acento en solo algunas de las dimensiones de la realidad de la ciudad. Desde la visión de la conservación los conceptos defensivos que han guiado las intervenciones han perjudicado, extraordinariamente, otras valoraciones sobre la funcionalidad del espacio recuperado. Así, el reto que plantearon desde los años ochenta los centros históricos y sus desafíos sociales (Álvarez, 1978) no se han logrado, en aras de la operatividad, la oportunidad política o la defensa a ultranza de programas y diseños parciales para su espacio físico o su espacio social. Fijadas las metas únicas en el turismo y en la cultura limitando el futuro de oportunidades de la ciudad, constreñida en una recuperación física del patrimonio urbanístico destinado al reforzamiento de una multifuncionalidad genética que, sin embargo, pierde progresivamente desde el siglo XIX, especializándose en funciones

centrales. Las políticas de patrimonio histórico siguen siendo de caracteres eminentemente pasivos y arrítmicos con respecto a la velocidad de las transformaciones territoriales, y sus interdependencias, dentro del proyecto de ciudad y territorio del que forman parte.

## **II.2. Límites en el espacio operativo**

La solución que se generaliza es la del límite. Hoy, la práctica social en progresión es la extensión y aplicación de los patrones cerrados (Méndez, 2005 y 2007): unas respuestas espaciales cerradas, ya ensayadas y codificadas, que están creando paisajes urbanos nuevos. La relación entre elementos del territorio, mayoritariamente permanentes, dispersos, cerrados y privados determina la necesidad de cruzarlos definiendo una circulación continua en un nuevo espacio operativo reductor de distancias y tiempos. La relación entre las premisas y las respuestas espaciales a los requerimientos de las relaciones sociales han construido patrones muy potentes a una escala distinta a la que habían sido conformadas. El espacio público, por lo pronto, está en crisis tal y como lo entendíamos dentro del juego de escalas de la ciudad latina y europea.

La reducción progresiva de distancias de la continua habilitación del territorio a la movilidad y con ella la desaparición de los límites, provoca una comunión en las relaciones sociales que produce incertidumbre y por ello vulnerabilidad. El espacio público, por las razones anteriores, por la singular circunstancia de una reducción de distancias experimenta cambios de entendimiento, y por tanto de función y forma. Se expresa el deseo, la duda y la debilidad del individuo-ciudadano sumergido en un vértigo “socioagorafóbico” que está actuando entre las nuevas condiciones que operan en su construcción. Actúa como factor modelador del territorio para contrarrestar la reducción de la distancia en el nuevo espacio construyendo y justificando la necesidad de fijar límites en los elementos permanentes, cerrados y privados. La percepción del carácter limitado del planeta, ha determinado la exacerbación de la separación para garantizar lo privado. Así, el muro evidencia la yuxtaposición entre el adentro y el afuera, precisamente, porque no lo hay, requiere explicitarse, materializarse, constituir el punto de concreción para naturalizar el límite y que se familiarice la sociedad con la incomunicación, o con la diferencia, la distinción, lo otro.

La organización territorial traduce estas nuevas relaciones a través de la fragmentación espacial en una dualidad novedosa por la especialización del espacio a todas las escalas, y

en diferentes condiciones (privado-público). El paisaje resultante de estos patrones cerrados es un nuevo tipo de paisaje urbano que aunque ha estereotipado la respuesta cerrada (especializada) por la globalización, sólo puede entenderse según los patrones espaciales sobre los que actúa. De su resistencia depende que sea más o menos potente la irrupción del límite y, por tanto, más o menos fácil, temprana o profunda su transformación.

Lo público y lo privado en las nuevas respuestas espaciales constituyen viejos ropajes dónde probablemente se oculta una nueva relación de factores claves como las variaciones que dentro de estos el artificio humano ha conseguido desarrollar. Así, la sobrespecialización de las funciones de los territorios y los espacios se impone a la titularidad y las escalas de los acontecimientos, y su concentración, amplifican o minimizan la distribución de la polarización.

Todo, necesariamente, nos enfrenta a un sistema territorial nuevo. La inevitable consecuencia del nuevo paso del hombre a la velocidad de esta era, finalmente, destruye la idea de lugar (García Márquez, 2007, 55-74). El espacio privado se concentra territorialmente al tiempo que se unifica por categorías socioeconómicas y el espacio público tiende a ser sólo espacio operativo que se simplifica y especializa, perdiendo su papel de único espacio fijo y permanente de interrelación social. Un espacio desregularizado, descentralizado y desmaterializado que desmonta la normativa jurídica local que frene la expansión del espacio económico global, que disemina por el planeta las actividades económicas. Por una parte, la aparición de espacios privados y cerrados, dónde se cualifica el “espacio público” de propiedad privada comunitaria, se desarrolla al tiempo que el espacio público colectivo y el resto de servicios e infraestructuras urbanas de la ciudad mantienen unas fuertes deficiencias de conservación o, sencillamente, no existen. Por otra, además, la continuidad y conectividad física que da razón de ser al espacio público se ha roto y se ha especializado en sus funciones hacia un uso efímero, sólo de paso entre los lugares. De este modo, se simplifica, se especializa y sólo se materializa en elementos de cambiante movilidad que le confieren una permanente condición efímera. Un espacio público que así pierde una de sus finalidades básicas como es la de espacio común y tradicional, es decir, se relega su papel de único espacio fijo y permanente de interrelación social.

En definitiva, se ha exacerbado su condición de transmisor en detrimento de otras cualidades y, en consecuencia, se ha habilitado su estructura y su artificio hacia una condición de espacio transitorio. Desde distintos frentes se ha acotado la categoría, siendo el generador de formas específicas de apropiación transitoria (Delgado, 2007, 141), el principal soporte de prácticas que implican movilidad, principalmente, desde la casa, nodo aún central, y que imprimen una imagen veloz en el paisaje para desaparecer inmediatamente (Hiernaux, 2002), pero sobre todo para definir el crecimiento explosivo como en las ciudades fronterizas que, precisamente, adquieren la morfología de ciudad transitoria caracterizada por la rapidez en el relevo formal y la sobreposición de urbanismos inacabados que renuevan el carácter híbrido y desterritorializado de la arquitectura y el urbanismo (Méndez, 2002).

Condiciona la aparición de un paisaje híbrido resultante del continuo cruce de los sujetos interactuando en la movilidad del territorio como espacio operativo para una apropiación eficaz y rápida. Esa fugacidad es una nueva cualidad del paisaje, la forma dominante de consumo de espacios y actividades que sobre especializa al espacio público y le confiere un importante papel en la configuración de un nuevo tipo de expansión del territorio. Hay, por tanto, nuevos procesos espacio-temporales en el territorio, efímeros y fugaces, que necesitarían ser analizados (Buxó, 2007, 15).

### **III. TERRITORIOS Y PAISAJES DE EXCLUSIÓN**

#### **III.1. Imagen y rostro del centro-ciudad**

En los centros históricos los atributos del espacio público han cambiado y gana terreno este cambio paisajístico que expresa la condición efímera y operativa del espacio público, igual que en cualquier otra parte de la ciudad y que en cualquier ciudad, se diría cómo hace Bégout al hablar de las antípodas de los centros históricos españoles, que un velo de pantallas publicitarias se hubiera hecho carne en los edificios las aceras y los aparcamientos se suceden sin demasiados vínculos, repletas de baches y con el alquitrán cuarteado, cohabitando el resplandor de la opulencia arquitectónica y los terrenos baldíos, mal iluminados, edificios a medio hacer o abandonados que evocan de inmediato una ciudad devastada por la guerra (Bégout, 2007, 53 y 54). En efecto, la luz ha sustituido al espacio público: “una vez pasado el efecto embriagador de los neones y de la agitación nocturna, aparece un decorado lamentable que despoja de parte de su esplendor a la imagen gloriosa que pretende otorgarse Las Vegas”



(Bégout, 2007, 55 y 56). La grandilocuencia de la terciarización tiene el mismo escaparate se trate de finanzas, comercio u ocio, todos reunidos o cada uno, funcionan como distrito especializado. Y el movimiento a pie por distritos-escena de turistas-visitantes-compradores en ruta, también es el resultado de la velocidad del movimiento en las relaciones espaciales y de las funciones turístico-culturales que están habilitando en distritos “únicos” el espacio del esparcimiento histórico-turístico. Las partes intervenidas de los centros históricos tienden a convertirse o ya son distritos de impacto.

Dice Bégouts: “la masa de caminantes inhabituales prosigue su ruta sin rechistar. Se posa en cada casino, casi sorprendida de poder desplazarse a pie” que muestra a cualquier escala las “transiciones poco relucientes, que convierten a la propia ciudad en una bastarda nacida de los amores ilícitos entre el lustre y la trivialidad” (2007, 56); -añade- “Duelen las retinas cansadas de tener que gestionar tanta información nerviosa en un intervalo de tiempo tan breve, en un espacio tan reducido” y al tiempo es más intensa la convicción de que pasan menos cosas “ni vendedores ambulantes, ni quioscos, ni plazoletas (...) uno creería hallarse en una galería comercial donde, excepto los artículos comerciales, no se muestra nada de la ciudad” (Bégout, 2007, 57). Son condiciones del espacio operativo y de sus paisajes fugaces de impactos en tiempos breves y espacios reducidos carentes de acontecimientos.

La imagen de la ciudad de cara añeja de tiempo. En todas sus expresiones e intensidades la terciarización del espacio repite su patrón que no puede ser otro que la escenificación de su razón de ser, ese otro espacio para esa función concreta que no ocupa más que una parte de la vida si no está imbricado en cada paso de la cotidianidad que labra el rostro de la ciudad, si por el contrario, como sucede cada vez con mayor frecuencia, se le ha concentrado y especializado, entonces, el paisaje social se rehace en un paisaje ficción que no tiene en cuenta las particularidades. Elimina el tiempo, que hace solidarios a espacio y tiempo a base de un constante mantenimiento y reparación que impide cualquier transformación cómo espacio construido y en construcción, antropogenético (Choay, 2007).

Son muchos los casos que en distintos momentos de su evolución urbana muestran la muerte de la ciudad. Procesos históricos y generales que siguen activos como el abandono de los espacios públicos y privados que denotan muerte, obviamente porque hay actores que actúan para crear ciudades muertas (Davis, 2006). El centro histórico no es más que una parte, pequeña y fundamental, del modelo planetario único, sostenido por prótesis de redes técnicas que aseguran su diseminación planetaria. Se disocia y se libera de los

ancestrales condicionantes espacio-temporales y se desinstitucionaliza a las sociedades en beneficio de la arbitrariedad individual (Choay, 2007).

Las nuevas tendencias urbanas apuntadas permiten afirmar que el objetivo de resolver la desconexión entre los problemas funcionales y la intervención urbanística o arquitectónica – como parte de una cultura de la preservación más madura-, forma parte de los mecanismos de control social de los centros históricos. Incluso cuando realmente se apuesta por la recuperación integral, el aislamiento del problema del centro histórico, y su tratamiento singularizado al margen de los cambios en la estructura urbana en su casi inabarcable conjunto, es muy probablemente una de las limitaciones más contundentes en el éxito de las políticas de protección y recuperación de los centros históricos desarrolladas durante los últimos años y que aún mantiene una fuerte inercia en sus planteamientos vigentes.

Intervenir en el casco histórico de la ciudad española, al día de hoy, obliga a modificar las categorías de análisis de la complejidad de su espacio sumido en un territorio urbanizado de una sociedad socioagorafóbica y a echar mano, por fin, de la transdisciplinariedad reclamada y demostrada en la praxis investigadora y académica (Forum UNESCO, 2004) que aún no ha calado en la esfera política más que dentro de los equipos de diagnóstico. Sin explicitarse hoy entre las respuestas políticas que reciben los centros históricos a los problemas de nuestro tiempo, éstos reclaman la más insólita mezcla de especialistas, cómo dice Manuel Delgado, “las técnicas de registro y descripción de los hechos sociales que tienen lugar en espacios urbanos deberían articular estrategias cualitativas y cuantitativas, las aproximaciones macroscópicas y microscópicas, lo que implica la aplicación conjuntada de técnicas etnográficas de observación sobre el terreno y de mediciones cuantitativas destinadas a la confección de modelos matemáticos” (2007, 141) que contribuyan a diagnósticos más certeros de su malestar y de su cura que parece convincente pasa inevitablemente por el único camino que es vivir en comunidad. Como plantea Storper (2007) hay que estar atentos a las relaciones entre comunidad y sociedad en el sentido de su interrogante sobre qué capital social es más provechoso, si el de las primeras (las comunidades), estructuras básicamente informales que hoy acusan el encierro de los individuos, grupos y comunidades, o el capital social que tiende puentes y crea vínculos. O al surgimiento de nuevas formas de poder y de política, en el nivel subnacional, cuyos espacios debe analizar una geografía política que averigüe si la gran

ciudad contemporánea emerge como un lugar estratégico para estas operaciones (Sassen, 2002, 47 y 48).

## **II.2. Paisajes y arquitecturas de exclusión**

Entre los supuestos de clasificación de los paisajes actuales, en efecto, cabe manejar el que desencadena la reducción de distancias como efecto final de la progresiva y generalizada disminución del tiempo. La hipótesis barajada es que el progresivo y consecuente encogimiento del espacio conduce a la desaparición de la distancia que provoca en el espacio una comunión de las relaciones sociales generadora de incertidumbre existencial.

Entre las respuestas espaciales más reconocibles a éste vértigo existencial a la velocidad de las transformaciones del mundo urbano en direcciones impredecibles y socavadoras de la seguridad existencial (Davis, 2004 y Rodríguez, 2005) se han sucedido, y hoy se solapan, las pautas de la dispersión y el encerramiento. La combinación de estas pautas espaciales han construido un nuevo tipo de expansión y recomposición territorial con formas de ocupación del suelo difusas y en general, nuevas formas de consumirlo; así, se reconoce un nuevo paisaje con soluciones morfológicas y patrones espaciales acordes a usos del suelo traductores de los problemas y necesidades planteados por las emergentes relaciones espacio-temporales de la contemporaneidad que han construido nuevas formas cerradas de habitar garantes de seguridad. Dubbini desarrolla conceptos metodológicos nuevos para el estudio de la ciudad actual al manejar el factor velocidad y/o el de las perspectivas múltiples para reforzar la percepción generalizada de una imagen de la ciudad imprevisible y conflictiva, en definitiva, otro ángulo de la complejidad dónde “la realidad que el objetivo fotográfico revela a la mirada es distinta” (Dubbini, 2007, 259 y 261).

Hoy se justifica la necesidad de fijar límites y se construyen nuevas fronteras en el espacio y se refortifican otros límites. Sin embargo, no hace la ciudad y lo urbano cómo espacio construido -arquitectura, y la red del sistema de comunicaciones que las relaciona-, más que provocar una interacción más en el espacio de las preexistencias (memoria natural e histórica), fusión de naturaleza y cultura en sus distintos estadios tecnológicos, común a otras técnicas de transformación del medio que Menéndez denomina condición contextual (2005, 339). La diferencia es que se trata de la más intensa fase de esta continuada apropiación y formación de espacio operativo que obvia las piezas de los tableros de juego de cada momento histórico. Por eso, requiere transgredir “fronteras”, disciplinares y del

territorio en construcción, con un lenguaje común e integrador para eliminar el procedimiento segregador con el que se responde a los procesos actuales: el del territorio, aunque ni las acciones legislativas, ni las técnicas han comprendido aún su mutua integración en él.

Estas razones aconsejan proponer la sistematización de los juegos en curso. En este texto se apuesta por conceptuar la tendencia social al encerramiento y los discursos del otro, como líneas de explicación combinadas y acreedoras de su integración y expresión territorial. La propia sociedad, “socioagorafóbica”, ya ha apostado por clarificar sus propias reglas del juego afianzando –lógicamente- las más prometedoras con una estrategia que está en primer lugar, anticipando las defensas encerrándose y, en segundo lugar, previniendo los ataques futuros al identificar a los enemigos. Está construyendo una ciudad defensiva en territorios de paso creando paisajes efímeros y de exclusión.

Y es cotidiana no sólo la fractura espacial que las propias carreteras crean como barreras que segregan el territorio reafirmando la fuerza de factor límite que ha sido acrecentado hasta el sínfin, olvidando los puentes, materiales y simbólicos, que conectan interrelacionando transversalmente. En el territorio, la transversalidad aún está en un estadio muy rudimentario, es el cuello de botella que puede estrangular y hacer estallar los movimientos ciudadanos por venir. El balance es imprevisible pues no se sabe si reclamarán antídotos en forma de un crecimiento imparable del proceso segregacionista y simplificador o, su aniquilación, porque han roto la continuidad de las redes y de los espacios despiezados, metropolitanos unos, metametroplitanos (rurales) los más abundantes y protegidos (naturales) el resto. La introducción de nuevos parámetros de trocear el territorio para su uso ha transformado toda la herencia paisajística al atender a la médula de su organización y con ella el sistema de aprovechamiento anterior del territorio que la configuró. Y no sólo desvitaliza y desconfigura los espacios agrarios y los naturales, sino, que se elimina todo el contexto de las tradiciones locales con las que se construyeron los espacios creando paisajes diferenciados, que así se obvian y se sustituyen.

Ahora, la inserción contextual de lo urbano en territorios en metamorfosis, en entornos predominantemente urbanizados necesariamente replantea los términos de análisis.

#### **IV. PATRIMONIOS TERRITORIALES PARA LA INTEGRACIÓN**

Identificar los signos que dan permanencia al territorio leyendo sus paisajes ha sido tarea común de los estudiosos del territorio. El acercamiento a la complejidad del territorio a través del estudio de las formas espaciales, como soporte metodológico (Vilagrasa, 1991), permite un diálogo interdisciplinario trasgresor de fronteras con un lenguaje común para enfatizar los aspectos culturales y cualitativos (Menéndez, 2005, 338). En el lenguaje de patrones de Alexander (Méndez, 2007) o en el lenguaje de la construcción territorial (Menéndez, 2005) cabe interpretar está presente esta misma meta que busca dar coherencia al entendimiento del mundo y también esta metodología del territorio, leyendo las permanencias que lo estructuran a lo largo del tiempo. Signos de perdurabilidad cómo los distintos límites, fósiles evidencias de muerte y nacimiento de los episodios de apropiación expresivos del control del territorio, que se han expresado con argumentos variados siempre conducentes a castrantes regularizaciones intentando reducir, progresivamente, la complejidad natural original del medio.

Hoy, aún muy lejos del entendimiento del sistema territorial, se observa el protagonismo de la lógica empresarial en las respuestas sociales a los retos de la ciudad contemporánea.

#### **IV.1. El territorio, patrimonio social y cultural**

La gran casa de la comunidad (Menéndez, 2005, 336) se construye con una continua segregación que va escindiendo sucesivos espacios diferenciados, construyendo territorios a partir de una continua y yuxtapuesta estratificación de acciones que han clarificado la homogeneidad vacía del espacio inicial, convirtiéndose entonces en un espacio cualitativamente diferenciado (2005, 333). Es una larga serie de acciones de segregación que van rompiendo también cualquier universalidad de comunicación, a menos que existan puentes que garanticen el entendimiento de cualquier sistema vecino, máxime los de comunicación entre las culturas. Sin las claves y códigos de traducción el entorno es ajeno, desconocido, peligroso, y por todo ello, sin sentido.

Sin embargo, la búsqueda de la malla geométrica homogénea, del plano ideal de la superficie plana, un ideal simplificador que elimina hasta la topografía, un método en definitiva cómo el cartesiano que hace tabla rasa de cualquier precedencia histórica o cultural, y en el que hay un rechazo de todo contexto espacial, social o temporal, se ha demostrado tan repetidamente fracasado cómo una y otra vez propuesto. Este método de ordenación territorial impuesto, e incesantemente aplicado a distintas escalas y en distintas

latitudes a lo largo del tiempo, constituye la consecuencia más acabada del entendimiento de una ordenación y planificación territorial cerrada. Este proceder común de someter a los elementos determinantes de las estructuras primarias a patrones de regularidades básicas, desnudando al territorio de sus condicionamientos de lugar, y transformarlo en espacio abstracto, sólo simple extensión, supone anular el sentido del tiempo, de la distancia física y del pasado. Significa crear un tiempo especializado ajeno a la experiencia que determina un futuro reducido a esquemas simplificados (2005, 334).

Un espacio y tiempo que, sin embargo, es el que cambia los lugares con significados que se explican en un territorio, que a su vez, no es uniforme y se desagrega en paisajes. Y que hasta la fecha se ha traducido en esquemas más o menos simplificadores que han territorializado el medio natural, hasta finalmente, urbanizarlo. Pues a pesar de que se perdió el límite físico y simbólico de las murallas, en la ciudad medieval se mantenía una separación del entorno natural que era menos rígida que la actual, aunque aparentemente autosuficiente lo despreciaba. La expansión urbana ha creado una separación mucho mayor que desde mediados del siglo XIX intenta paliar, con una estrategia de “compensación” introduciendo espacio verde. Finalmente, ningún intento de recuperación de las relaciones con la naturaleza ha cambiado el balance final de una imparable difusión de la ciudad por todo el exterior.

La metropolización, así vista, forma parte de las tesis de que los grandes parques urbanos son una estrategia insuficiente que forma parte de los progresivos ensayos de integración de la ciudad en el campo conteniendo los límites de la ciudad. Límites radiales o transversales que no han impedido la expansión de la ciudad sino que la han facilitado, pero además, evidencian estar en crisis, porque la imposición de la movilidad con sus circuitos difusos ha desparramado sus flujos en una expansión sin fin. De este modo, la presión se activa sobre todo el territorio confirmando la certidumbre de que la ciencia que separa espacio y tiempo necesita ser remplazada por explicaciones cualitativas que revalorizan la perspectiva del territorio como sistema de alta complejidad de la totalidad. Tal es la voracidad del quehacer del hombre sobre el territorio que la globalización ha explicitado, además de acelerar esta conquista. Sólo le resta al sistema territorial una progresiva diferenciación por densificación, una gran preocupación por la sostenibilidad ecológica como utopía y un proyecto a encarar insostenible por conservar la biodiversidad.

Obviamente, la complejidad de tan desafiante construcción territorial a la deriva cuestiona

los modelos de análisis que diseccionan y facilitan el conocimiento tratando individualmente los elementos. El protagonista es el territorio, es complejo y no se puede entender simplificándolo a la explicación de las disciplinas y la organización administrativa cuyas fronteras disciplinares hace inoperantes las averiguaciones ensimismadas. De hecho, lo que el territorio indica es que una dualidad explicitada en la polarización social de unos paisajes de exclusión que distinguen los espacios neutros desvalorizados (un “fuera de catálogo”), que no son objeto de catálogos de protección de paisajes naturales y humanos. El resultado de disminuir costes urbanizando en más extensiones y contrarrestar sus efectos con la protección de cotos cerrados de naturaleza.

#### **IV.2. Catálogos de paisajes urbanos**

El modelo alternativo se compone de las opciones formales más acordes a los recursos locales, sean estos en forma de insumos naturales o de capital cultural o de estrategia patrimonial del territorio, e inserto en el proceso histórico de construcción territorial. Descifrar su lenguaje no puede significar, exclusivamente, seguir describiendo y seguir clasificando, inmovilizarse por una herencia patrimonial tan compleja y desmesurada de recuerdos.

Es urgente dar una batida al territorio y recoger toda la herencia, identificar y reconocer los patrones. La intensidad y el tipo de patrones sobre la naturaleza es una metodología de análisis espacial que promete grandes resultados por ser apropiada a la clasificación de paisajes urbanos desde el reclamo de la transversalidad cómo tamiz de la globalización.

Ahora bien, desmenuzar al sistema territorial, el ideario de los geógrafos (Vilagrassa, 1991), requiere manejar un método más detallado de análisis y ahí es dónde el método de la relación del espacio con el acontecimiento, del lenguaje de patrones de Alexander manejado con destreza de especialista hacia la transversalidad, cobra un valor fundamental para clasificar los paisajes urbanos en transformación continua. La escala y condición humana de la sociedad marca los parámetros de soluciones y apropiación de la naturaleza. Hay un saber hacer, un lenguaje de patrones ya escrito que hay que identificar en cada territorio y que se impone en la domesticación progresiva de los territorios en su devenir histórico. Identificar los patrones atemporales que por eficientes a la relación hombre medio pluritemporal se han sostenido aguantados el vendaval de los tiempos. La búsqueda de los componentes comunes que les integran en el todo, la intensidad y el tipo de patrones

constructivos, pero sobre todo, la relación entre ellos, constituyen las señas de identidad de los territorios que sobrevive a la imagen, al discurso mediatizado por los intereses del hombre que atenta, permanentemente, contra su supervivencia.

La potencia de estos patrones espaciales en los territorios crea paisajes más o menos fácilmente transformables, más tempranos y profundamente sustituidos por los nuevos contextos, problemas y soluciones concretas. Por lo pronto, de los nuevos patrones territoriales están naciendo nuevos paisajes que expresan contundentemente la respuesta de insostenibilidad medioambiental y banalización dominante con la que se homogenizan territorios y sociedades en el presente.

En el caso de la ciudad española, ésta se camina aceleradamente sobre este horizonte nada halagüeño de una construcción territorial socioagorafóbica que se desenvuelve entre el miedo, el consumo y la simulación. Sin embargo, el futuro no está escrito en ninguna parte, cómo señala Allègre (2007, 16), depende muy decididamente de la voluntad colectiva que cabe pensar no tarde demasiado en echarse a andar. La levedad de las acciones humanas sobre el ambiente (Pesci, 2003, 106) repensadas en la nueva cultura del territorio ya es reconocida en los ámbitos legislativo y consultivos de la sociedad.

Los cambios en el modelo territorial y urbano obligan a plantear en nuevos términos la ciudad anteponiendo la perspectiva social y cultural al afrontar los grandes temas que conforman su evolución reciente, conservación- protección frente a renovación, concentración (modelo de la ciudad europea) frente a dispersión (modelo de la ciudad norteamericana), multifuncionalidad frente a especialización y segregación frente a integración. En este contexto, es necesario acercarse al análisis de la ciudad con una perspectiva diferente que suelde una visión única del territorio. Una cultura del territorio para todo el territorio, tramas viejas, maduras y emergentes.

En las ciudades actuales se enfatiza la necesidad de contemplar la perspectiva social y cultural para enfrentar los cambios territoriales que la contemporaneidad depara y que hoy se explicitan en el mayor protagonismo de los conflictos medioambientales de una organización social más excluyente incluso en espacios de relación por excelencia como el Mediterráneo. El reto de la sociedad actual es identificar y clasificar su patrimonio heredado incluidas las manifestaciones de las nuevas tendencias que se apuntan, como formas de habitar que en estos tiempos demandan parámetros nuevos de estudio, dónde



insertar la riqueza de la tradición local que en cada territorio responde a soluciones innovadoras.

### **Bibliografía citada**

ALLÈGRE, C. (2004): *La sociedad vulnerable. Doce retos de política científica*, Paidós (Fayard-Robert Laffont, Barcelona.

ÁLVAREZ MORA, A. (1978): *Los centros urbanos*, Ed. Nuestra Cultura, Madrid.

AUGÉ, M. (2004): *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona.

BAUDRILLARD, J. (2002): *Cultura y simulacro* [1972], Kairós, Barcelona.

BAUDRILLARD, J. (1998): *La ilusión y la desilusión estéticas*, Monte Ávila Editores Latinoamericana - Sala Mendoza, Caracas.

BAUMAN, Z. (2004): *La sociedad sitiada*, FCE, Buenos Aires.

BÉGOUT, B. (2007): *Zerópolis*, Editorial Anagrama, Barcelona.

BUXÓ, M<sup>a</sup> J. (2007): La ciudad de los coches, en CALATRAVA, J. Y JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ (ed.): *La ciudad: paraíso y conflicto*, Consejería de Obras Públicas y Transporte de la Junta de Andalucía-Abada Ed., Madrid, pp. 75-90.

CHOAY, F. (2006): *Pour une anthropologie de l'espace*, Editions du Seuil, France.

CHOAY, F. (2007): La utopía y el estatuto antropológico del espacio edificado, CALATRAVA, J. Y JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ (ed.): *La ciudad: paraíso y conflicto*, Consejería de Obras Públicas y Transporte de la Junta de Andalucía-Abada Ed., Madrid, pp. 93-111.

DAVIS, M. (2004): Un mundo de ciudades perdidas. *Este país, mayo*, pp. 4-17.

DAVIS, M. (2006): *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*, Traficantes de sueños, Madrid.

DELGADO, M. (2007): *Sociedades movedizas*, Editorial Anagrama, Barcelona.

DELFANTE, CH. (2006): *Gran historia de las ciudades de Mesopotamia a Estados Unidos*, Abada Ed., Madrid.

DUBBINI, R. (2007): Imágenes de la metrópolis: transformación y conflicto, CALATRAVA, J. Y JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ (ed.): *La ciudad: paraíso y conflicto*, Consejería de Obras Públicas y Transporte de la Junta de Andalucía-Abada Ed., Madrid, pp. 259-278.

GARCÍA VÁZQUEZ, C. (2007): Nuevos fenómenos urbanos en las ciudades americanas: el caso de Houston, en CALATRAVA, J. Y JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ (ed.): *La ciudad: paraíso y conflicto*, Consejería de Obras Públicas y Transporte de la Junta de Andalucía-Abada Ed., Madrid, pp.55-74.

GUTIÉRREZ, O. (coord.) (2005): La ciudad y el miedo, Coloquio de Geografía Urbana, Universitat de Girona-AGE-GGU, Girona.

HAYDEN, D. (1999): *The Power of Place. Urban Landscapes as Public History*, MIT Press, Cambridge-Londres.

HIERNAUX, D. (2002): Paisajes fugaces y geografías efímeras en la metrópolis contemporánea, en NOGUE, J.: *Paisatges incògnits, territoris ocults: les geografies de la invisibilitat*, Seminari Internacional sobre Paisatge, Olot.

LINDÓN, A. (2003): Utopías, atopías y construcción del lugar. *Ciudades: Utopías urbanas*, nº 60, octubre-diciembre, pp. 48-54.

LÓPEZ, L. – RODRÍGUEZ, I. (2004): Evidencias del miedo en la ciudad. *Perspectivas urbanas*, 4.

LÓPEZ DE LUCIO, R. (2006): Del “proyecto de ciudad” al despilfarro de territorio. *El Ecologista*, 50. [En línea] <<http://www.clubdebatesurbanos.com>>.

LOW, S. (2005): Transformaciones del espacio público en la ciudad latinoamericana. *Bifurcaciones* [online] núm. 5, verano 2005. World Wide Web document, URL: <[www.bifurcaciones.cl/005/Low.htm](http://www.bifurcaciones.cl/005/Low.htm)>. ISSN 0718-1132.

MANIFIESTO POR UNA NUEVA CULTURA DEL TERRITORIO  
[http://age.ieg.csic.es/docs\\_externos/06-05-manifiesto\\_cultura\\_territorio.pdf](http://age.ieg.csic.es/docs_externos/06-05-manifiesto_cultura_territorio.pdf)

MÉNDEZ, E. (2002): *Arquitectura transitoria: Espacios de paso y simulación en la frontera México-Estados Unidos*, El Colegio de Sonora-Itasca-Itesm, Hermosillo.

MÉNDEZ, E. (2005): Cerrado y abierto. Dispositivos arquitectónicos de la exclusión. *Imaginales*, nº 2, julio-diciembre, pp. 81-109.

MÉNDEZ, E. – RODRÍGUEZ, I. (2007): *Paisajes y arquitecturas de la exclusión*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.

MENÉNDEZ, J. R. (2005): El lenguaje de la construcción territorial. *Ciudad y Territorio Estudios Territoriales*, XXXVII (144): 321-342.

NELLO, O. (2004): Contra la dispersión, intensidad. Contra la segregación, ciudad, en ROMERO GONZÁLEZ, J. Y J. FARINÓS DASÍ (ed.): *Ordenación del territorio y desarrollo territorial. El gobierno del territorio en Europa: tradiciones, contextos, culturas y nuevas visiones*, Ed. Trea, Gijón.

PESCI, R. (2003): El urbanismo y la cultura ambiental. Sostenibilidad y levedad: territorio, urbanismo y ambiente, en FOLCH, R. (coord.): *El territorio como sistema. Conceptos y herramientas*, Diputación de Barcelona, Barcelona, pp. 101-119.

FORUM UNESCO (2004): Patrimonio, ciudad y territorio, Estilos Gráficos, Buenos Aires. En línea: Noveno seminario Internacional. Universidad y Patrimonio, <http://www.fadu.uba.ar/sitios/forumunesco/download/abstracts/pdf>

RODRÍGUEZ, I. 2005: ¿'Privatopia' versus ciudad pública? La materialización del miedo en el espacio urbano”, en Gutiérrez, O. (Coord.): *La ciudad y el miedo*, Universitat de Girona-AGE-GGU, Girona, pp. 127-152.

RODRÍGUEZ, I. (2007): Paisajes urbanos en la globalización: “Aprendiendo” de la frontera norte, en MÉNDEZ, E. (Coord.): *Arquitectura sin riesgo. Vivienda y urbanismo de comunidades cercadas*, Universidad de Sonora-Universidad Autónoma de Sinaloa- Universidad Autónoma de Madrid- Plaza y Valdés, Hermosillo.

RODRÍGUEZ, I. – MÉNDEZ, E. –LÓPEZ, L. (2006): *Espacio urbano, exclusión y frontera norte*, Universidad Autónoma de Madrid.

SASSEN, S. (2002): La ciudad global: la desnacionalización del tiempo y del espacio, en SUBIRATS, J. (coord.): *Redes, territorios y gobiernos. Nuevas respuestas locales a los retos de la globalización*, Diputación de Barcelona, Barcelona, pp. 39-48.

SILVA, A. (2004): *Metodología: imaginarios urbanos: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos*, Convenio Andrés Bello, Bogotá.

STORPER, M. (2006): Sociedad, comunidad y desarrollo económico, en TORROJA, A. CAMAGNI, R. (Coord.): *Una nueva cultura del territorio*, Diputació Barcelona, Barcelona, pp. 137-174.

VERDAGUER, C. (1997): *Arquitectura Viva* 52, enero-febrero.

VILAGRASA, J. (1991): El estudio de la morfología urbana. *Geocrítica*, 92, marzo.